

Pensar en español

JOSÉ LUIS MORA GARCÍA

Universidad Autónoma de Madrid (España)

La editorial Fondo de Cultura Económica, a punto de cumplir unos muy fecundos setenta y cinco años, ha tenido la feliz idea de reeditar cuatro libros que pertenecían a su fondo desde que vieron por vez primera la luz entre los años cincuenta y sesenta. Si nada, hay pues, más fecundo que lo impreso, como dijo con acierto el impresor segoviano Carlos Martín, quien puso toda su vida al servicio de esta idea, hablamos ahora de la prueba fehaciente de esta afirmación al ver cómo estas páginas de medio siglo reciben el impulso necesario para proyectarse en nuevos lectores.

Hablamos de los libros de María Zambrano, *El hombre y lo divino* (1955)¹ con prólogo de María Fernanda Santiago Bolaños; Octavio Paz, *El laberinto de la soledad* (primera edición de 1950, la segunda en FCE, 1959) con prólogo de Juan Malpartida; la antología que con textos de Miguel de Unamuno se preparó con motivo de su centenario (1964) con prólogo de José Luis Aranguren para el congreso de Vanderbilt y que lleva en esta ocasión un epílogo de Pedro Cerezo; y Juan Nuño, *El pensamiento de Platón* (primera edición en Caracas, 1963, la segunda en FCE, 1988) con prólogo de su propia hija Ana Nuño. Se inaugura con estos cuatro títulos la colección Heteroclásica/Pensar en español.

Estas nuevas ediciones, con prólogos expresos para las mismas como hacemos constar en cada caso, quieren precisamente “fecundar” y nutrir el lema bajo el cual el Instituto de Filosofía (CSIC) reunió a un grupo de estudiosos durante la primera quincena de octubre de 2007.

Estamos ante un momento interesante para la filosofía “en español” y lo estamos en la medida en que, por fin y aunque lentamente, conectamos con “nuestra” América. Se me permitirá que me apropie —nunca mejor dicho hablando de un posesivo— de este término inaugurado por Martí, que entre nosotros ha mantenido vivo Horacio Cerutti, y que ha venido a formar parte de un acervo común como filtro descontaminante de partículas mentales en suspensión. En abril del pasado año 2007 la *Revista de Occidente* dedicaba una sección importante de ese número a la que denominaba “Hora de la cultura en español”. Ofrece esta revista datos bien significativos acerca de la situación del español entre las más de seis mil lenguas vivas según el análisis de César Antonio Molina. Pero, si nos fijamos en el artículo más doctrinal, firmado por Marcos Marín²

¹ Sobre los avatares para la publicación de este libro nos da cuenta José Luis Cano: “Le digo [se refiere a Vicente Aleixandre] que la censura tiene detenido el primer libro que proyecta editar en España el Fondo de Cultura Económica: una antología de Unamuno con prólogo de Aranguren. Se indigna contra Robles Piquer, director General de Información, que hace figura de liberal en el exterior y mantiene la censura férrea en el interior.” (“Apuntaciones” del día 3 de mayo de 1964). Cfr. CANO, J.L., *Los Cuadernos de Velintonia*, Algeciras, Fundación José Luis Cano, 2002, p. 183.

² MARCOS MARÍN, F.A., “El lugar de la lengua española: ¿ampliación o recesión?”, *Revista de Occidente*, 311, abril 2007, pp. 41-62.

no duda en sostener su autor que “el futuro está en América”. Podemos quizá matizar algunas de las razones esgrimidas para sostener esto, mas no el fondo del enfoque. Y ello no sólo desde cifras de hispanohablantes sino desde criterios más cualitativos. Marcos Marín recuerda a algunos gramáticos insignes del XIX como Andrés Bello y su inmensa labor en la fijación del castellano “para uso de los americanos”. Desde el campo filosófico podríamos mencionar otros muchos ejemplos. El propio Martí, Marieta Veintemilla, estudiada hace unos años por Gloria Da Cunha³, la recepción del krausismo y positivismo sobre la que ha escrito Arturo A. Roig⁴, filósofos mexicanos, argentinos y de otras naciones de toda la primera parte del XX hasta Samuel Ramos y su *Historia de la Filosofía en México* que fue para Gaos un descubrimiento, etc. etc. Y por este camino llegamos hasta algunos de los exiliados españoles quienes descubrieron el español como lengua filosófica precisamente en América. No negaré la influencia de Ortega en este “descubrimiento” pues sólo es posible ver cuando se sabe mirar, aunque de palabras se trate y en esto el filósofo “madrileño” resultó clave. Todos ellos así lo reconocieron. Pero lo cierto es que fue del lado oeste —si tenemos en cuenta que escribo en la meseta castellana— de donde vino la inspiración. No hace falta volver a mencionar a José Gaos, quien nos ha dejado páginas bien elocuentes sobre este tema y es hoy tomado como autor de referencia. Pero sí podemos recordar algunas de las cosas dichas por Juan David García Bacca, nuestro filósofo del Círculo de Viena e introductor de la lógica formal en fechas tempranas. En una ya vieja entrevista que le hiciera Soler Serrano, emitida en agosto de 1979 y reproducida en la revista *Anthropos*⁵, las referencias a la lengua española/castellana son constantes y merecen ser releídas hoy. Cuando habla de las posibilidades que el castellano tiene como lengua filosófica “a condición de que el filósofo —o el científico— se sienta obligado, en virtud de conciencia vital, popular a vivir su castellano” y siempre que uno supere la tentación de meterse a “decir de todos los asuntos —de vida, muerte, inmortalidad, Dios, etc.—, mirando siempre cómo lo dijo el señor alemán tal, como lo expresó el señor francés tal, como el señor inglés... [pues en ese caso] hemos terminado”⁶. Desde este punto de vista resulta interesante el ejercicio que el propio García Bacca realiza en un momento dado de la entrevista con la palabra “gana” frente a “desgana”; o el “hacer lo que nos da la gana” o “la real gana” o “no me da la gana” y su relación con el concepto más acuñado de libertad. La corrección que García Bacca hace de la tradicional doctrina según la cual la libertad se funda en el entendimiento y la introducción de la palabra castellana “gana” como “fundamento real de la libertad” es un buen ejercicio filosófico. Pues cualquier segoviano que viaje a México tendrá ocasión de hacer ejercicios semejantes con decenas de palabras del castellano que operan en contextos léxicos bien diferentes a los que aprendió en España y que corrigen igualmente fundamentos tradicionales para “fundar” pragmáticamente nuevas formas de entender las cosas.

³ DA CUNHA, G., *El pensamiento de Marieta de Veintemilla*, Ediciones del Banco Central de Ecuador, 1998.

⁴ ROIG, A., *Los krausistas argentinos*, Buenos Aires, Ediciones El Andariego, 2006.

⁵ “Entrevista de J. Soler Serrano con Juan David García Bacca”, *Anthropos*, 9, octubre 1991, pp. 24-31.

⁶ *Ibidem*, p. 25.

Así pues, “pensar en español” nos remite, en primer lugar, a los autores que han pensado en español, es decir, a su historia. Sin este primer paso no habría lugar para otros pues es difícil sostener que pueda comenzarse la historia a estas alturas. Al propio tiempo es la razón misma de que pueda hacerse filosofía en países que suman cuatrocientos millones de hablantes de la misma lengua y de que haya filósofos que se consideran a sí mismos como tales y como tales son reconocidos socialmente expresándose en esta lengua. Por eso la historia es tan importante, por eso Gaos apreció el trabajo de Ramos y él mismo propuso trabajos de este tipo y, por eso, esta colección de FCE viene a ser tan oportuna. Claro que es que ésta debe ser completada hacia atrás, muy hacia atrás, por lo menos hasta los tiempos de Andrés Laguna en que el castellano se postuló como lengua científica y filosófica. Es, pues, el ámbito de la historia y de la filosofía misma.

En segundo lugar, la famosa expresión nos pone frente al idioma que sustenta ese pensamiento en un momento de la historia en que el número de parlantes supera a idiomas que fueron dominantes en otras épocas de la historia. No es esto baladí. ¿Cuándo el desarrollo de la filosofía no ha tenido que ver con la geoestrategia del poder? Sencillamente, nunca. Claro es que los tópicos no son fáciles de vencer dado su asentamiento emocional en la vida de las colectividades y alimentados, consciente o inconscientemente, por las élites dominantes. Bastante podría decirse a este respecto sobre los colonialismos lingüísticos, refugio de teorías filosóficas que quedaban a salvo de las críticas radicales al no permitirse su enjuiciamiento sino desde las posiciones previamente establecidas como canónicas. El conocimiento de las tradiciones filosóficas americanas ha producido ya, pero lo va a hacer de manera mucho más acentuada en el futuro, una aceleración en la multiplicidad de enjuiciamientos sobre las tradiciones europeas que seguramente modificará posiciones mantenidas por santuarios insaltables. Pero, a su vez, ellas mismas entrarán en liza con otras y otras... evitando los mismos defectos. Sería el lugar de la sociohistoria y de la sociofilosofía, en modo alguno ajeno a la filosofía misma.

Y, finalmente, “pensar en español” nos conduce al idioma mismo pero en su dimensión más amplia, es decir, aquella en que un idioma constituye una forma de pensar o, como Zambrano dijo en fecha temprana, una “forma de expresarse entre nosotros” en razón de lo que quiere decirse. Y esta es la clave: que la forma y el fondo han de coincidir. No habría, propiamente hablando, una filosofía con cada cosa por separado sino cuando el idioma se ahorma como un guante con el pensamiento para comprender una realidad, para poder “decirla”. Esto no tiene nada que ver con los planteamientos desde los que con frecuencia se ha abordado este problema al contraponer universalidad con particularidad y sostener como naturaleza propia del pensamiento la primera frente a la segunda. A veces este se sustituye por cosmopolitismo pero eso no soluciona el problema de fondo. En realidad cuando se opera así uno se mantiene en un plano lingüístico pero apenas se sostiene cuando se desciende al plano de las concreciones que la historia nos proporciona.

En este orden de cosas creo que apenas ha sabido abordarse el que ha sido considerado como carácter “ensayístico” de nuestra historia filosófica, cuando no calificado como literario, precisamente para descalificarlo cuando buena parte de la filosofía que se produce hoy tiene un carácter expresionista, hasta violentamente

expresionista, podríamos decir, y mucho más blando que gran parte de nuestra mejor tradición poética. Podríamos traer a colación lecturas de *El Quijote* realizadas por filósofos, lectores ilustres del XVIII y XIX, que muestran que apenas entendieron nada de lo que Cervantes quiso decir pero que tuvieron gran capacidad para crear tópicos que, ampliados, han mostrado ser enormemente resistentes al derribo incluso desde la propia España.

Pensar, pues, en español, desde los heteroclásicos, es una necesidad para la filosofía misma porque sin este idioma hispano-americano no hay construcción posible de la universalidad tanto desde un punto de vista histórico como temático. En el primer caso tres siglos de la llamada época colonial nos contemplan. No parece que puedan ser “despachados” con premura y así nuestros colegas mexicanos, colombianos, peruanos, argentinos, etc. decidieron hace algún tiempo que había que entrar en los archivos y comprobar antes de emitir juicios. También está un largo siglo de lucha por la independencia, el XIX, que puso sobre la mesa muchas cuestiones densamente actuales como las cuestiones identitarias y de alteridad que, por paradójico que parezca, no se formularon al margen de doctrinas implantadas en la península. Y, claro, todo el siglo XX de encuentros y reencuentros bien conocidos que han ido madurando un marco favorecido, lenta y tortuosamente, por la construcción de nuestras democracias. Ver Europa, incluida España, desde el otro lado del océano está siendo muy ilustrativo para nosotros.

Sobre el segundo plano, el temático, no hace falta incidir mucho ahora pero será difícil que la filosofía sobreviva si no toma en consideración las cuestiones que las, durante tanto consideradas “periferias”, están poniendo cada vez con más fuerza sobre la mesa. Aún no sabemos dónde nos llevará esta orientación, joven aún, que en palabras de Villoro debe contribuir “a crear en su propia lengua un nuevo género de discurso: elevar el español a una forma de lenguaje capaz de responder, sin perder su riqueza expresiva, a las demandas de un análisis conceptual preciso”⁷. No sé si el propio Villoro se dio cuenta del todo de lo que quiso decir en tan pocas palabras. Pensemos que sí. Pues aún es más difícil ponerlo en práctica, eso es pensar en español.

Los cuatro libros que dan pie a esta nota son excelentes invitaciones, en tanto que buenos ejemplos, para la realización de una tarea que está ya iniciada y bien iniciada. No es necesario ahora comentar por extenso qué aporta cada uno y qué “lección” hace llegar al lector, pero sí es preciso explicar la oportunidad de los mismos y su complementariedad.

Lengua, religión, hombre y nación centran el interés de las páginas, densas y sugerentes, de estos libros que cuentan, como dijimos, con medio siglo de vida y que llegan ahora a otros lectores, bien editados y con introducciones (epilógado en el caso de la antología unamuniana) que proporcionan claves muy útiles para su comprensión en un nuevo contexto histórico.

Congratula leer de nuevo esta antología de textos de Miguel de Unamuno por dos razones: por tener la oportunidad de comprobar la condensación de registros que la escritura del vascosalmantino tenía. No en vano era lingüista y eso se nota

⁷ VILLORO, L., “¿Pensar en español?”, *Revista de Occidente*, 233, octubre, 2000, p. 112.

en sus reflexiones sobre la función de la lengua y la lucidez que tuvo para darse cuenta de la importancia del español de América. Especialmente relevante son “Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana (pp. 195-228), un temprano texto de 1905 en que comenta el libro *Carácter de la literatura en Perú* de José de la Riva, publicado ese mismo año. Leído ahora, en tiempos de recientes conversiones y lecturas apresuradas, reconforta la lucidez de Unamuno en su análisis de los datos históricos, de la naturaleza de las tradiciones, del interesante diálogo protestantismo/catolicismo en el cual el rector salmantino fue un maestro y, sobre todo, para fijarse en un libro, publicado en Perú, que seguramente ningún filósofo español de la época había leído y quizá ni leyera nunca. Como lo es “Contra el purismo” escrito dos años antes. Ahí deja bien claro que “el futuro lenguaje hispánico no puede ni debe ser una mera expansión del castizo castellano, sino una integración de hablas diferenciadas sobre su base, respetando su índole, o sin respetarla, si hace al caso” (...) “El proteccionismo lingüístico es, a la larga, tan empobrecedor como todo proteccionismo: tan empobrecedor y tan embrutecedor” (p. 184). Y podríamos completar esta representación de la antología con el muy leído y comentado “Sobre la europeización” (pp. 257-264), que podríamos poner en relación con textos de Ortega y de María Zambrano para dar cuenta de una línea más continua de cómo ha sido presentada.

Pero, si cabe, de esta edición concretamente, me ha interesado sobre todo la relación de continuidad/discontinuidad que puede establecerse entre el Unamuno de estos textos y el Aranguren preocupado por la transición política y la modernización de la filosofía en España bastantes años más tarde. Esta ponencia, que figura como prólogo al libro, fue escrita en los sesenta para el centenario del nacimiento de Unamuno, y sería escuchada por hispanistas, exiliados ya mayores y sus discípulos en tierras de la América del Norte. Ella misma es ya también historia y así puede juzgarse. En este sentido podemos decir que es un eslabón interesante como muy interesante es el epílogo de Pedro Cerezo que hace tiempo recogió el guante de las propuestas de sus maestros y ha sido uno de los filósofos españoles contemporáneos que más ha hecho por elevar el español a lengua filosófica. Y eso sólo se puede hacer “pensando en español”. Este encadenamiento de los tres autores, con el juego de rótulas propio que permite introducir correcciones en los giros, es, pues, un ejemplo práctico de lo que debe hacerse.

Lo mismo podemos decir de *El hombre y lo divino* prologado por Marifé Santiago. De este libro dice Zambrano, en carta a Pablo de Andrés Cobos⁸, que fue FCE la editorial que tuvo a bien publicarlo en un momento difícil para la propia autora y para el contenido del libro. Por muchas razones, familiares unas, discipulares otras, alimentadas en relaciones de amistad las más, María Zambrano fue muy sensible a la dimensión religiosa del ser humano y al difícil papel de la historia —nuestra cruz, la llama en una ocasión— porque piensa que sin esa remisión al origen no es posible entender al hombre y su sacrificio. Desde aquí reflexiona sobre la peculiar relación de la religión con la filosofía y la necesidad de que ambas ocupen su lugar pues los

⁸ Carta del 14 de marzo de 1957 desde Roma.

problemas europeo y español habrían sido causados, precisamente, por la ocupación de una u otra de todo el espacio. De la religión en el caso español; de la filosofía en el caso europeo. Ahí tendrían su origen tanto los problemas políticos, es decir, las guerras, como la desnaturalización misma del hombre.

Libro difícil, propenso a la meditación que va desgranando la secuencia que va de lo sagrado a lo divino y de aquí a la conciencia y al consuelo, necesario cuando se tiene a quién preguntar por el origen de la persecución. Si se lee este libro junto al que escribió sobre Unamuno, desconocido hasta fechas recientes⁹, encontramos tantas claves para interpretar la historia de Occidente como algunas más concretas de la propia.

Lengua y ser humano encuentran en el libro de Zambrano su espacio de reflexión profunda como lo hallan en *El pensamiento de Platón* del español venezolano Juan Nuño, prologado por su propia hija. Pensar en español a finales de los cincuenta pero en Caracas... he ahí la cuestión. Ha sido una delicia saber de este español que pudo haber sido nuestro maestro y no lo fue. Mas nunca es tarde gracias a la fecundidad de la palabra impresa que inspira esta reflexión, como señalábamos al comienzo. Para muchos jóvenes lectores de textos filosóficos será todo un descubrimiento reconocerse en este madrileño que se marchó a finales de los años cuarenta —“expatriado” y no propiamente “exiliado”—, y poco importa la razón definitiva de su decisión, que su propia hija nos desvela en la introducción y algún comentarista parece poner en duda. Lo realmente relevante, viendo su producción, es que “pensar en español” es una actividad filosófica en marcha y no por hacer. Como lo es esta preocupación por el hombre que descubre en Platón frente a otras interpretaciones más “racionalistas” y escolastizantes. Actualmente Vanessa Alcaino, graduada en Filosofía en 2005 en la propia Universidad Central de Caracas, continúa investigando sobre este autor que confiamos sea recuperado plenamente para las jóvenes generaciones.

Con un autor, americano de nacimiento, se completan los títulos que inician esta colección. Difícil encontrar otro que pudiera hacerlo con más propiedad que Octavio Paz y *El laberinto de la soledad*. Más allá de la fuerza que este autor ha tenido y tiene, controversias aparte, ha sido México de entre los países de la América Latina el que, seguramente con más fuerza ha planteado cuestiones identitarias y el que desde las primeras fechas de la independencia, hacia 1810, ofrece una reflexión más profunda sobre la identidad nacional. Y en ese camino la imagen de España es imprescindible como espejo cóncavo o convexo en la medida que contribuye a confrontar con las ideas de imperio, contrarreforma, catolicismo y, en definitiva... modernidad, esa reflexión realizada desde México. Juan Malpartida en la introducción que pone al texto de Paz señala con acierto lo siguiente: “La salida de la soledad histórica significa, entre otras cosas aquí mencionadas, el acceso a la modernidad: una idea que obsesionó a Paz tanto en su aspecto político como literario”. Para concluir: “El mexicano se hace las mismas preguntas que el resto de los pueblos modernos. Ha salido de su soledad histórica y está nuevamente solo. *Estamos al fin solos. Como todos los hombres*. Es decir, a la intemperie, frente a nuestra propia otredad” (p. 25). Sin duda una sugerente

⁹ ZAMBRANO, M., *Unamuno*. Edición y notas de Mercedes Gómez Blesa, Barcelona, Debate, 2003.

interpretación de la historia que remite a la conciencia colectiva desde la simbología que solamente la literatura es capaz de manejar. Mas ésta no puede ser olvidada por la filosofía en su objetivo por lograr un sustento más conceptual. No me parece casual que Gaos aprovechara la efemérides del nacimiento de Cervantes (1547-1947), ya en su época mexicana, para reivindicar “otra” España a la que él mismo pertenecería y que habría venido a fundirse con México como consecuencia de la guerra perdida. Este “descubrimiento” habría facilitado y hecho creíble su propuesta de “pensamiento en lengua española” en la medida que propiciaba una reflexión complementaria a la de Octavio Paz: somos otros pero instalados en una lengua común, lo que hace del laberinto una realidad más habitable al tiempo que permite, de cara al futuro, construir unas relaciones nuevas.

“La adopción de la lengua nacional es la expresión y la función análogas de la aparición de la nacionalidad en filosofía, y la adopción de las lenguas nacionales modernas por la filosofía no empieza hasta bien entrada la edad moderna”¹⁰, señala con acierto Gaos. Esto nos remite, por consiguiente, a una historia común, aunque haya sido construida desde la desigualdad que impone la fuerza dominante, pero que, sobre todo, desde un punto de vista filosófico, no conocemos bien del todo. El paso siguiente consiste en construir un futuro común, una vez comprobado que no todo fue Imperio, es decir, que hubo otra España que desde dentro también padeció los mismos efectos y luchaba también por definirse como alteridad. Fue la que representó Unamuno en parte por ser de otra generación pero ya muy lúcida; también en parte Aranguren como puente, no exento de problemas, con el exilio exterior; y, más claramente, por haber sido más derrotados, la representaron personas como María Zambrano y seguramente jóvenes como éste de veinte años, edad con la que salió de España Juan Nuño en 1947.

Así pues, no estamos ante una colección más sino ante unos títulos cargados de simbolismo y significado histórico que deben ser continuados para constituir un camino que se halla en una fase incipiente de su trazado por más que tenga leguas de recorrido. Es precisamente esta paradójica situación la que resulta realmente interesante y atractiva si proyectamos nuestro esfuerzo para comprender mejor la importancia de la lengua, el imprescindible conocimiento de la historia y de sus actores y teniendo la vista puesta en el futuro. Seguramente quienes han “inventado” la expresión “pensar en español” tenían sus ojos puestos en el pasado no menos que en el porvenir. Hablamos, por tanto, de un proyecto que contribuye a difundir títulos ilustres de nuestras letras. Sería ya bastante. Pero, además, lo hace desde una idea imprescindible para el pensamiento: construye un cobijo y pone los mojones que delimitan el camino. Creo que fue María Zambrano quien definió al hombre como un ser movido, más aún que por la verdad misma, por su ansia de esperanza. Es una reflexión propia de quien ha pensado en español pues no en todas las historias juega el mismo papel la verdad que la esperanza. En la nuestra la verdad es hija de la esperanza.

¹⁰ GAOS, J., p. 45, *Pensamiento de lengua española. Pensamiento español*, O.C., VI, México UNAM, 1990.